

Sor Guillemette, Hermanitas de los Pobres

Hablar de la crisis en pasado es un poco difícil; en algunos países nuestras casa están en plena “batalla”, e, incluso en Francia, los residentes están de nuevo privados de visitas del exterior. Sin embargo, ya podemos releer lo vivido y sacar algunas ideas para el futuro...

Fueron semanas terribles: miedo, acrecido por las noticias difundidas continuamente en los medios de comunicación, angustia al ver un nuevo caso en la casa ; dolor por los muertos, a veces muy cercanos, necesidad, sobre todo al principio, de “ingeniárselas” ante la necesidad de mascarillas y de batas protectoras ; enorme sobrecarga de trabajo con la escasez de personal, a causa del covid o del confinamiento, la puesta en cuarentena de las Hermanas enfermas o que habían dado positivo en el test, la imposibilidad de contar la ayuda de los voluntarios, los traslados impuestos para aislar a los residentes enfermos en un sector apartado de la casa, etc... Hay que subrayar que tanto el personal como las Hermanitas han dado el máximo y lo mejor de sí mismos. En algunas casas, los empleados se han confinado voluntariamente en la casa para continuar su trabajo sin riesgo de traer un contagio del exterior.

Uno de los mayores sufrimientos fue no poder acompañar, ni procurar ninguna ayuda espiritual a los enfermos fallecidos en el hospital, sin tener siquiera derecho a recibir los cuerpos para unas mínimas exequias... Una gran prueba fue la ausencia de misas y sacramentos, en muchas casas.

Para los residentes lo más penoso fue sin duda la ausencia de visitas, después el confinamiento en sus habitaciones. A algunos, más débiles psicológicamente, les costaba comprender lo que pasaba, como en esta queja conmovedora de un sacerdote residente: “*Siempre he hecho el bien, nunca he hecho nada malo, ¿por qué se me castiga?*” Para nuestras Hermanitas mayores más débiles, el necesario confinamiento en la comunidad ha sido a veces difícil. Los que han estado enfermos han tenido miedo a morir, miedo de contagiar a los cuidadores; a no recuperar el apetito y las fuerzas, a veces difícil.

Nos hemos esforzado en **informar, explicar, tranquilizar, consolar**. El servicio de comidas en las habitaciones, aun siendo una sobrecarga de trabajo, ha permitido encuentros personales -¡incluso guardando las distancias! La confianza en las Hermanitas ha sido de gran apoyo y seguridad para los mayores. “*Les seguimos*” decía de una de ellas.

Esta circunstancia ha suscitado **mucha creatividad**, para mantener el contacto con las familias, proponer entretenimientos, actividades diversas. Se han seguido mucho las misas televisadas, con gran fervor, “la misa del Papa” a las 7’30 h, o la misa de Lourdes... Un grupo de jóvenes, al no poder venir a la casa, ha puesto en marcha “radio Mi Casa”, preparando una pequeña emisión cotidiana, con un programa variado, que se veía en las habitaciones... Ciertamente, se seguirán utilizando las técnicas modernas de comunicación en ayuda de la animación.

La movilización, la **solidaridad**, de las personas del exterior, benefactores y voluntarios habituales o nuevos, jóvenes sacerdotes dispuestos “*a hacer algo por los*

Mayores” han sido y siguen siendo extraordinarios y de un gran consuelo. ¡Tendremos que trabajar para sostener y desarrollar este renuevo de interés y de cariño hacia las personas mayores, cuando la prueba haya pasado!

“*La distancia social nos ha unido todavía más a nuestros residentes*”, ha dicho una Hermanita, y esto ¡hay que conservarlo! Proximidad en la escucha, para conocer mejor lo que mueve la vida de esa persona, proximidad en los cuidados y en los servicios cotidianos más humildes.

El espíritu de familia, precioso para nosotros, y que tiene que ser constantemente actualizado, nos parece un factor esencial para que la persona mayor, sean cuales sean sus limitaciones físicas o psíquicas, esté bien “integrada”, reconocida y valorada, actora de su vida. Por otro lado, en estos difíciles momentos, los residentes se han mostrado cooperantes, responsables y deseosos de ayudar.

Que emotivo y significativo escuchar a estos señores de una casa de Argelia, a los que se les daba las gracias por sus servicios espontáneos: “*Hermana, yo estoy en mi casa, esta es mi casa, no tiene por qué darme las gracias*”.